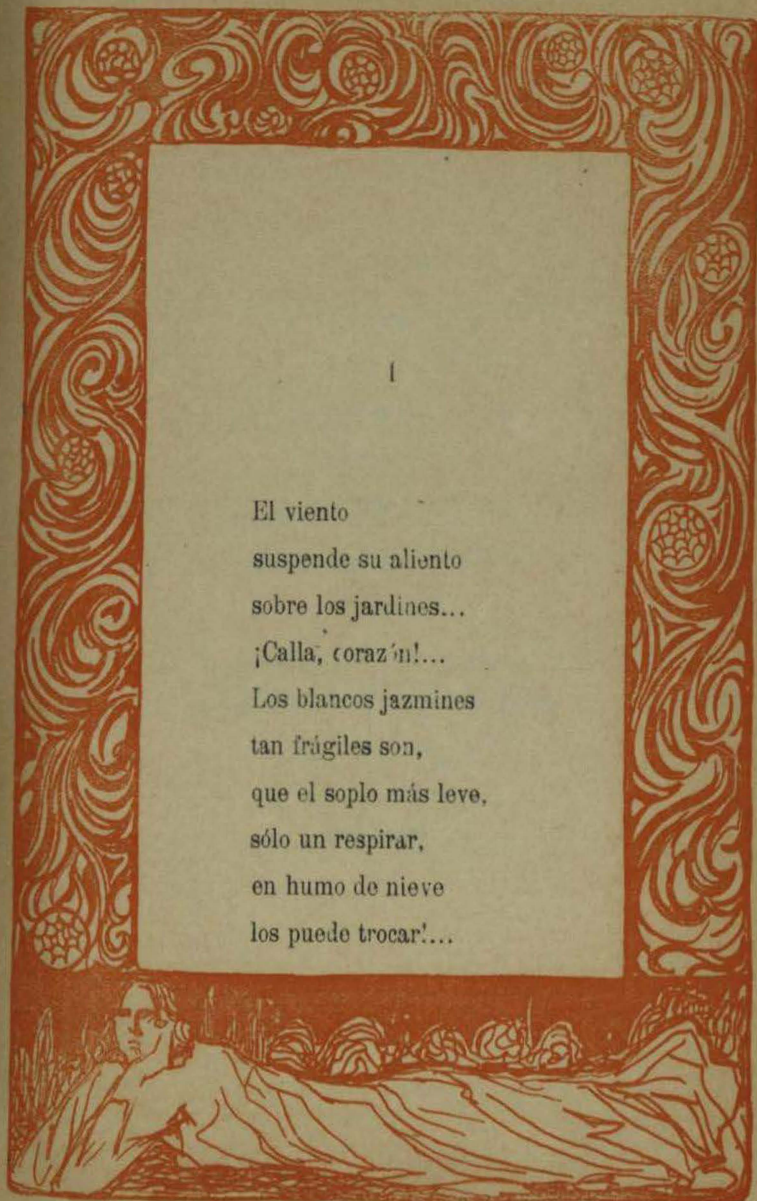
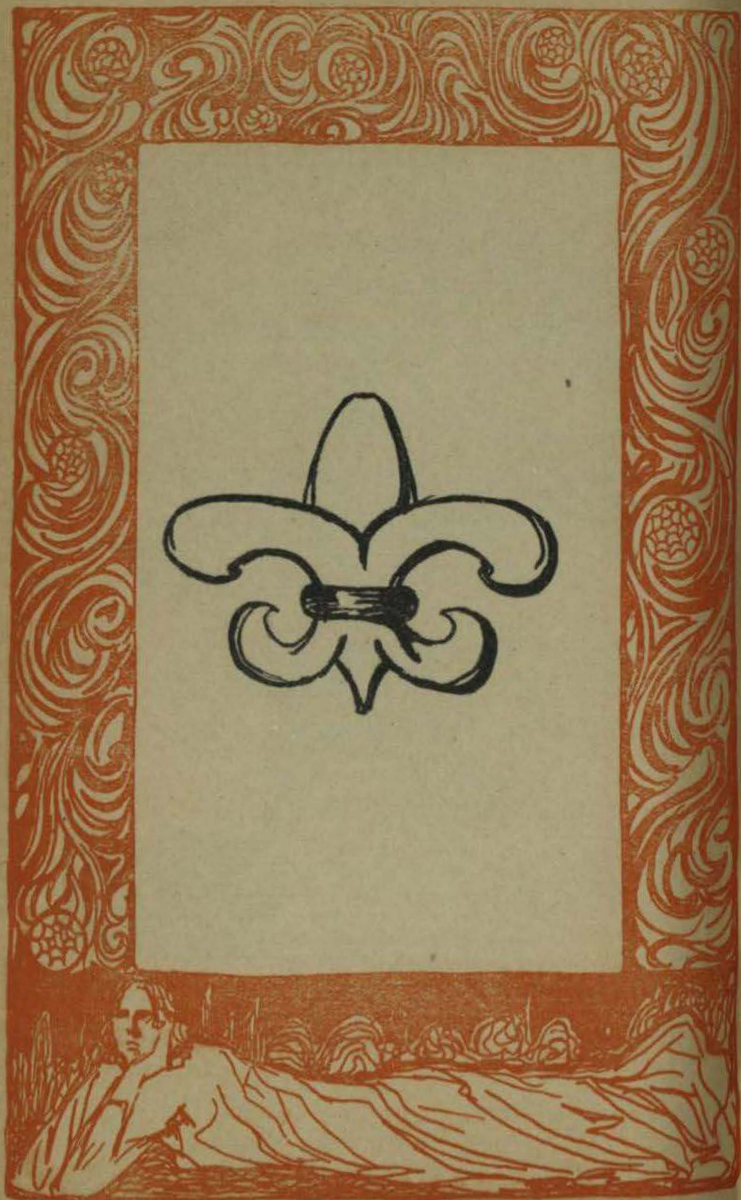


¡No me conozco ni yo mismo!...
 ¡Rodé por tanto y tanto abismo!...
 ¿Qué resta ya del frenesí
 de mi gloriosa juventud?...
 Lo mismo, amada, que de ti:
 ¡cenizas en un ataúd!...



PARA VIOLÍN Y PIANO



¡Deseo,
sobre los umbrales
de su gineceo
que huele á rosales,
mirra y cinamomo,
no pongas los pies,
que ella, frágil, como
los jazmines es!...



II

Saudades, saudades
de tus suavidades:
vendas de azucenas
sobre las heridas de mi corazón!...

Huerfanito ciego, de tus manos buenas
iba por el mundo mi desclación!...
Mirar el camino ¿qué falta me hacía,
si por tus pupilas el mundo veía
tan bello, que un día
te dijo mi anhelo:

— Di, qué atravesamos, la tierra ó el cielo?..
 Saudades, saudades
 de tus ojos castos y de tus bondades!..
 ¡Oh, negras pupilas dulces y ojerosas,
 hoy vuestros recuerdos luminosos son
 como dos estrellas que alumbran piadosas
 las sangrientas ruinas de mi corazón!...



III

Corazón, dime ¿qué orgullo
 comparable puede haber
 con el de haber sido y ser
 absolutamente suyo?..
 En sus manos, primaveras
 de blancos lirios en flor,
 des'alleciste de amor,
 lo mismo que si latieras
 en las manos del Señor!...



Y desde entonces resume
 tu palpitante ansiedad
 una divina bondad,
 ¡algo así como un perfume
 de cielo y de eternidad!



IV

¡Sangriento martirio!...
 Siempre recordando
 sin poderte amar!...

Mi vida es un cirio
 que muere alumbrando
 al pie de tu altar!...

Postrado de hinojos,
 siempre en cruz las manos,
 de tu altar al pie,...

buscando mis ojos
 tus ojos lejanos
 que olvidar no sé!...

Eran tan sombríos
 que son como hermanos
 de los ojos míos!...

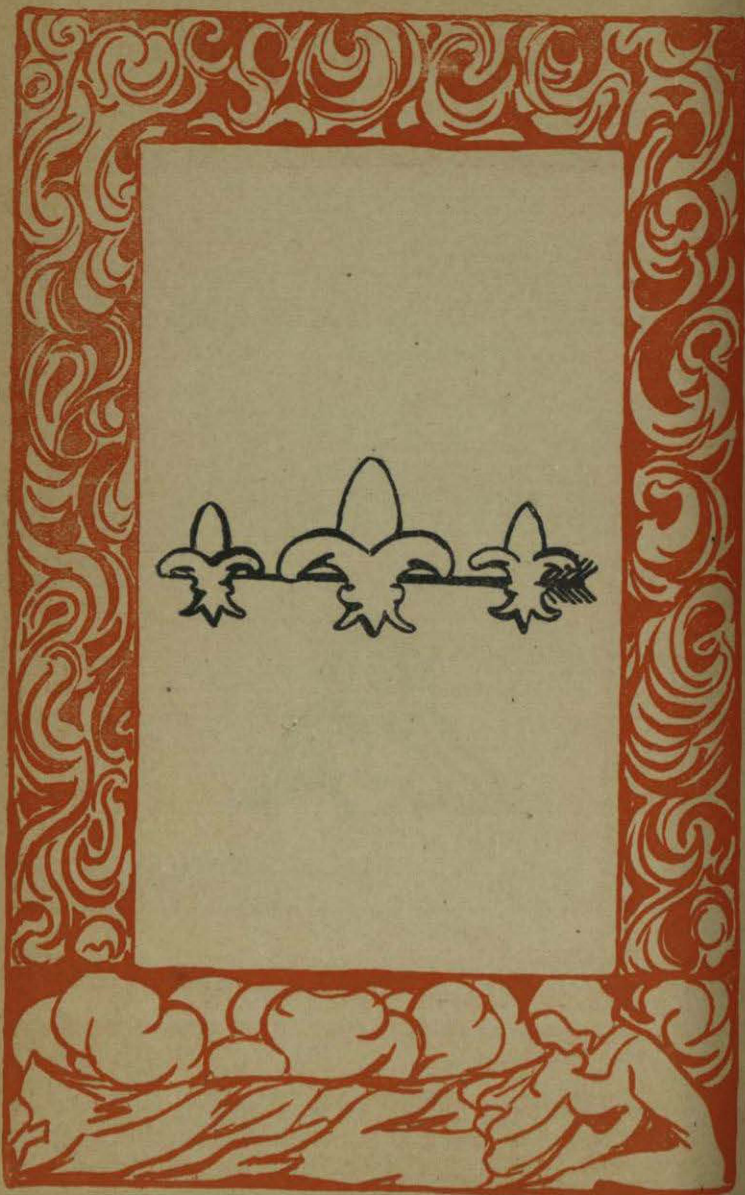
Ojos celestiales
 que olvidar no sé,
 en vuestros cristales
 ¿cuándo me veré?...

¡Oh, manos lejanas,
 tan blancas y frías,

que sois como hermanas
 de las manos mías;

copas de mis fiestas,
 nardos de marfil,
 ¿volveréis en estas
 mañanas de Abril?...





V

¡Ay, todo cuanto era mío,
agotaste con fruición,
dejándome el corazón
eternamente vacío!

Y tú, en cambio, ¿qué me diste?...
Esta voluptuosidad
que dejó mi vida triste
por toda una eternidad!...

Y este temor de no verte
y este miedo de encontrarte,
que me hace huir y buscarte,
y es mi vida y es mi muerte!...



VI

Dije al recuerdo que á verme vino:
— Sigue la ruta de tu destino
y no me vengas á perturbar...

Ya ves: no tengo nada que darte...
Hacia el olvido de nuevo parte
que ya no quiero ni recordar!...

Bajo mi techo te he resguardado;
con mis entrañas te he alimentado,
y de mi sangre te di á beber...

Mi propia alma te dió cobijo;
sació tus hambres... ¡Ni por un hijo
más una madre pudiera hacer!...

Y tú impasible, siempre á mi lado,
como una sombra, triste y callado,
no más hiciste que sonreír...

A mis preguntas no has respondido...
¡Ni de qué vienes ni á qué has venido
á mis angustias quieres decir!...

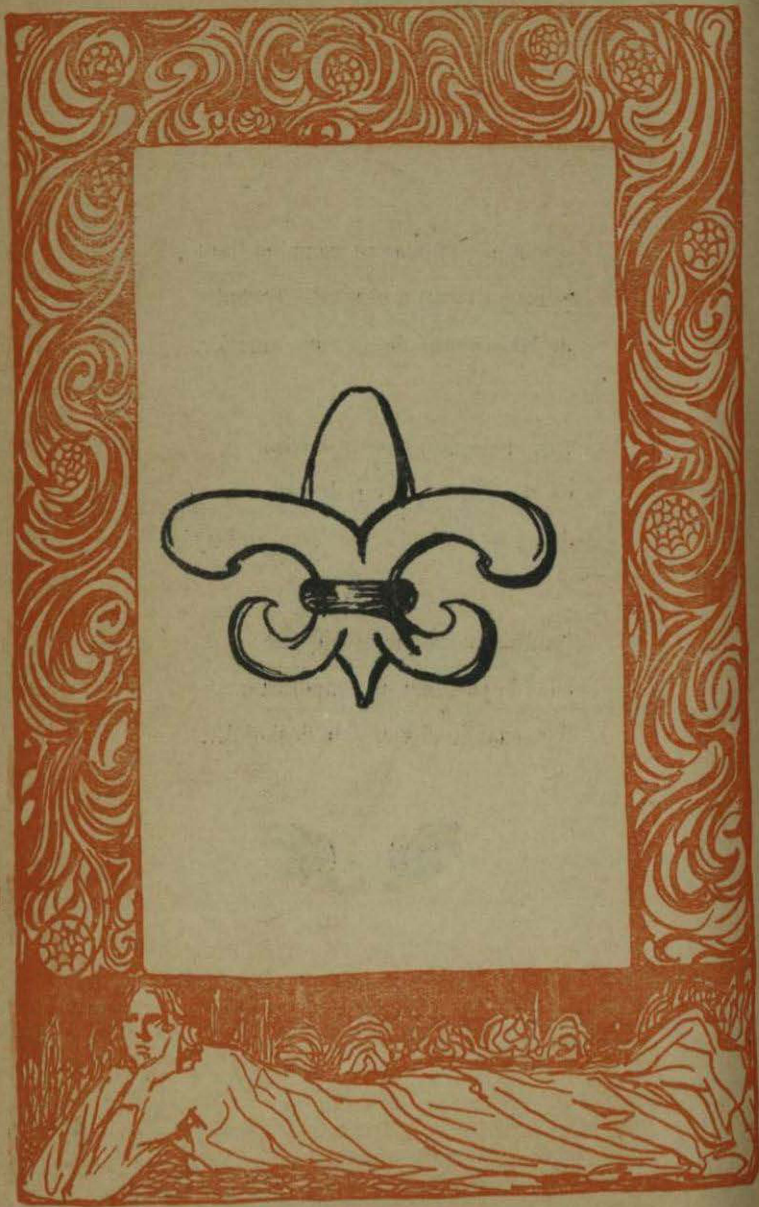
Pero el recuerdo no respondía,
y dulcemente me sonreía
con tanta pena, con tanto amor,

que á mis pupilas se asomó el llanto,
porque evocaron el mustio encanto
de las sonrisas de un viejo amor!...

Era el recuerdo de tu sonrisa,
de la sonrisa que tan de prisa
de entre tus labios por siempre huyó...

La única cosa que me dejaste
cuando perfume, te evaporaste,
flor, cuando el viento te deshojó!...





LA DANZA DE LAS HORAS